R.F-C/GIN

UN VIAJE

Á

CEREBRÓPOLIS

ENSAYO HUMORÍSTICO DE DINÁMICA CEREBRAL

ESCRITO POR EL

Licenciado Ingrasias

Caballero del espolon de Morand y de la Silla turca, Gran Cruz del Kiasma y profesor libre de la Universidad de la Lira.

Dado á luz, en español corriente y moliente

POR EL

Dr. D. Juan Giné y Partagás

Catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona, Médico-Director del Manicomio NUEVA-BELEN *etc., etc.*

1884

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA
0700678834

VIVE CEREBRO FELIX

DPTO. DE PSIQUIATRIA Y PSICOLOGIA MEDICA. BIBLIOTECA
CATALOGO N.º 963

UN VIAJE Á CEREBRÓPOLIS.

ENSAYO HUMORÍSTICO DE DINÁMICA CEREBRAL

ESCRITO POR EL

Licenciado Ingrasias,

Caballero del Espolon de Morand y de la Silla turca, Gran Cruz del Kiasma y profesor libre en la Universidad de la Lira.

DADO Á LUZ, EN ESPAÑOL CORRIENTE Y MOLIENTE,

POR EL

Dr. D. Juan Giné y Partagás,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona, Médico-Director del Manicomio Nueva-Belen, etc., etc.

BARCELONA.

IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y C.ª
Pasaje de Escudillers, número 4.
1884.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA · MEDICINA ·

A QUIÉN LAS PRESENTES VIERE Y ENTENDIERE.

Omne tullit punctum qui
miscuit utilê dûlcis.

Por el epígrafe que antecede, se echará de ver que el autor de las presentes líneas no es del todo ageno al *quis vel qui;* de donde se colige que bien pudo traducir al castellano de nuestros dias el interesante *Viaje á Cerebrópolis* que, en sus buenos tiempos, escribió el *Licenciado Ingrasias.*

Ninguna investigacion formal se ha encaminado á desentrañar la autenticidad de esta obrita, ni se tienen noticias biográficas de la personalidad del susodicho Licenciado; solo parece indudable—atendidas las condiciones de tiempo y lugar—que este no fué el *Juan Felipe Ingrasias*, que, en el siglo XVI, brilló con tanto esplendor por sus estudios anatómicos y al cual se debió el descubrimiento del huesecito *estribo* en la cadenilla del oido medio, y cuyo nombre ha quedado eternamente adherido á las puntiagudas orejas del murciélago esfenoidal.

Lo más probable es que *Ingrasias* fuese un seudónimo, adoptado por cierto médico—catalan quizás—que no tuvo por conveniente confiar al papel y bajo la responsabilidad de su verdadero apellido, los festivos pensamientos é hilarantes episodios con que expone lo que en su tiempo

sabia él—y pocos más—de anatomía y funcionamiento de la masa encefálica. Fué un anticipo de saber, de que seguramente se dió vergüenza y tuvo miedo el autor, temiendo quizás los *ardientes* afectos de los *sábios* de su época, quienes, en medio del fragor de la Revolucion francesa, daban el diapason normal de la ciencia constituida en la bienhadada Nacion en donde, aun hoy dia, esparcen positivos y fecundos gérmenes de felicidad y de bienandanza los inmortales espíritus de los Felipes y de los Cárlos *segundos*.—Q. D. H. en su eterna gloria, para que no tengan ganas de volver, Amen—.

Respetemos—pues es justo—las razones que tuvo el autor para cobijarse bajo la tutela de un nombre que tan altos timbres conquistó en el reino de Sicilia; séanos empero lícito criticarle por haber usurpado el apellido al *Hipocrates de Palermo*, siendo así que hubiera podido salir bien librado de sus compromisos dándose otro de composicion greco-latina equivalente al oficio ó funcion científica que desempeñaba. ¿No hubo uno que se llamó *Paleólogo*—que se ocupa de las cosas antiguas—? ¿Por qué no denominarse *Enquefalólologo?*

¿Hubo aquí tramoya editorial—ó sea negocio de extrangulador de autores—que no pudo llegar á feliz término, por quiebra, enfermedad ó muerte de una de las *altas* partes contratantes?

Esto es lo que no ha dilucidado la historia, razon por la cual, siguiendo el consejo de la prudencia, nos abstendremos de tratar de esta materia.

En cuanto á la manera como hemos entrado en posesion del *Viaje á Cerebrópolis*, podemos asegurar que no ha sido obra de la casualidad, sino mas bien de la buena voluntad que nos tenia nuestro estimado y venerado

abuelo paterno. El fué quién—cuando apenas contábamos diez años —nos dijo: «En las cubiertas de este libro —señalando las de doble pergamino de la *Farmacopea* de Fuller—hallarás un pliego bastante voluminoso; no le rompas el sello hasta que tu cabeza tenga algunas canas, y aun esto suponiendo que entonces serás médico; lee el contenido: está escrito en latin algo burdo, es decir, de aquel que tú ya sabes traducir; si te gustare este escrito y le considerares adecuado al objeto de instruir deleitando, dalo á la estampa; de esta manera tus contemporáneos sabrán que hubo quién les precedió de muchos años en la ciencia cerebral, que hasta el presente ha sido tan desdeñada por todos.»

Nuestro abuelo tenia razon. Su nieto, al dar hoy cumplimiento á aquel mandato, se propone honrar como es debido la memoria de tan ilustrado ascendente, así como poner en manos de sus compañeros y discípulos un instrumento bueno para pasar el rato de una manera útil y agradable.

Aquí termina lo que teníamos de decir; nadie podrá probar que lo expuesto no sea la pura verdad...

Y con todas las protestas de afecto que en tal ocasion estan en uso, se ofrece del lector su s. s. q. b. s. m.

Juan Giné.

Barcelona Abril de 1884.

Un Viaje á Cerebrópolis.

I.

Historia de una sensacion contada por ella misma. — La sensacion se presenta al Lector.

Puesto que me lees, me conoces.

Ahora mismo, despues de haberme insinuado por las niñas de tus ojos, hasta las retinas, te estoy titilando el cérebro.

Con todo, y á pesar de tanta intimidad, no tienes concepto de mi esencia, y así, para que comprendas las muchas cosas que abarca mi peregrina y dilatada historia, voy á referirte lo que de mi naturaleza y linaje se ha dicho.

II.

La sensacion da cuenta de como le trataron artistas y filósofos.

Nada ménos que una ciencia formaron los sabios para tratar de mí. Llamáronla *Estética*.

Pintores, músicos, actores y poetas han disputado la posesion de nombre tan eufónico á los filósofos.

En esta controversia—que no llegó á ser lucha, gracias á que artistas y filósofos no se reunian en un mismo edificio, por lo que nunca *se veian las caras* ni podian *venirse á las manos*—un pintor sapientísimo, cuya brocha era una rica borla de doctor en ambos derechos, terció, y dijo:

—Señores: la paz sea con nosotros. Todo tiene alivio en este mundo, ménos la muerte: formemos dos *Estéticas*. Ustedes, señores médicos y filósofos, quédense con la sensacion tal y cual la produce la naturaleza, esto es, con lo bueno y con lo malo, con el placer y el dolor; trátenla como mejor les convenga: avívenla con corrientes eléctricas; amortigüenla con narcóticos, ó mátenla con anestésicos. Esto que ustedes harán, será la *Estética de los sabios*.

En cuanto á nosotros, sin renunciar á las prerogativas académicas, explotaremos la sensacion por el lado del placer y nos ganaremos el pan cuotidiano buscando las vías más seguras de halagar á la humanidad. No cultivamos tan lenguas barbas como ustedes; pero crines llevamos hasta los hombros, que han de infundir respeto al arte hasta á los más soberbios. Así que no nos mamamos ni tan siquiera la yema del meñique, y no hay entre nosotros uno que no sea capaz de producir *dolores placenteros*.

—Señor artista,—replica en esto un teólogo epicúreo,—no seré yo quien disienta del pacto que se

propone. Creo que hay mucha miés que espigar, y que, con buena inteligencia y equitativo reparto, podremos vivir holgados y hacer pingües negocios. Por otra parte, amigo como soy de que brille por doquiera la Bondad Divina, aplaudo con toda el alma que ustedes cultiven el placer, ó mejor, que nos lo ofrezcan exento de amargura. No pienso, no, que el hombre deba santificarse atormentando su sensibilidad con ayunos, azotes y cilicios, sino más bien gozando y agradeciendo los dones de la Providencia. Se dirá que esta es la moral del *embonpoin*; pero yo afirmo que la gordura es, no sólo un adorno, sino una virtud. Mas, si en todo esto me cabe la honra de estar contexte con mi ilustrado preopinante, tengo el disgusto de no poder suscribir el absurdo de los *dolores placenteros*. La sensacion es de placer ó de dolor; ambas cualidades son antitéticas y se excluyen mútuamente.

El pintor pide la palabra para rectificar.

—Craso error—dice—contienen los conceptos del sabio teólogo de Síbaris. Lo demostraré con un ejemplo. Pocos habrá entre nosotros á quienes no gusten la cerveza, el café y los tabacos habanos; ¿quién bebió sin repugnancia el primer chop? ¿quién tomó con placer la primera taza del aromático infuso? ¿quién aspiró, sin gran molestia de la garganta, seguida de mortal mareo, el humo de los primeros cigarros? Luego, léjos de ser el placer y el dolor términos antitéticos de la sensacion, son grados dife-

rentes de una misma escala; luego no es sólo posible, sino muy natural su combinacion, y el arte de agradar, esmerándose en estas mezclas, determina una *sensacion placentera* pintando una tempestad.

—Señores,—dijo, entre dos bostezos, un fisiólogo ginebrino,—aun cuando me están ustedes dando muchísimo gusto, — de lo cual son buen testimonio esas pandiculaciones que les dedico,—paréceme que podriamos dar el punto por suficientemente discutido y proceder á votar la proposicion del doctor Maler (1), sobre la formacion de dos Estéticas: la de los sabios y la de los artistas.

La votacion fué nominal y hubiera recaido unanimidad, á no haber un enciclopedista querido explicar su voto, diciendo:

—Yo votaria por la formacion de las dos Estéticas, con tal que artistas y sabios continuásemos en fraternales relaciones.

Declaróse, en consecuencia, ampliada la proposicion del Dr. Maler, y como habia prisa para levantar la sesion—á causa de que yo, desde los *pneumogástricos*, hacía de las mias en el estómago del presidente—hubo tambien unanimidad en la proposicion ampliada.

En consecuencia, estos acuerdos fueron inmediatamente comunicados de oficio al Director general de Instruccion pública, quien los pasó al Consejo

(1) En aleman, pintor.

de idem, y éste, á su vez, al Ministerio del ramo, de donde, vistos antecedentes é informes, procedió un decreto, que ocho dias despues se leia en la *Gaceta*, en que se prevenia: «Que en las solemnidades universitarias fuesen admitidos los profesores de la Escuela de Bellas Artes, formando Claustro con los doctores de todas las Facultades, aunque sin vestir aquellos hábitos talares ni cubrirse con birrete doctoral; excepcion que, segun se cree, el Ministro hizo, no tanto en daño, como en bien de los artistas, así librándoles de pecar en materia grave contra los rudimientos de Estética.

III.

La sensacion toma su partido y se entrega á los filósofos.

Resultaba, pues, que los señores artistas, con su *Estética* de nuevo cuño, no me querian sino para explotarme en beneficio de su bolsillo, estimulando los gustos y las pasiones de los humanos. *Grandes ó pequeños galeotos*—como les llamaria cierto matarife de la escena moderna—no me quieren sino perfumada, sahumada, aderezada, pulida y peinada á la moda. No me gustaron sus intentos y aún se ofendió mi recato; por todo lo cual y porque no tenia las mejores noticias de la formalidad de dichos señores,

abandoné su compañía y me acogí á la tutela de los sabios, quienes, á pesar de que me han definido, analizado, descompuesto, transformado y espiado mis evoluciones y metamórfosis, no han zaherido mi dignidad, por lo que, aún cuando les compadezco, no les tengo mala voluntad.

IV.

La sensacion interviene en su propia definicion y la crítica.

Al definirme han dicho: *la sensacion es el conocimiento de la impresion que sobre el organismo determinan los agentes exteriores.*

Yo misma no sé lo que soy; pero se me alcanza que el filósofo que esto ha dicho—que si mal no recuerdo era un tal Loke—ha debido equivocarse. Tengo noticia de que hay locos—y no lo digo por el nombre del aludido filósofo—que tienen sensaciones de ruidos, voces, músicas y hasta visiones celestiales, no provocadas por ningun agente exterior. Los que sueñan se hallan en el mismo caso Yo puedo, pues, formarme sin materia cósmica, como diria un físico ó metafísico. Se objetará que los ensueños, así como las alucinaciones, son recuerdos de sensaciones precedentes, es decir, de nociones de impresiones causadas en otro tiempo por los agentes

externos; pero, en este caso, ¿por qué esos señores filósofos no tienen más cuenta de no confundir mi original con mis retratos? ¿No saben que lo que á mí me caracteriza y me distingue del recuerdo—que es mi *fac-símile*—son las cualidades de *actualidad* y de *exterioridad*?

Digan, pues, enhorabuena el Sr. Loke y su colega Destut de Tracy, que *la sensacion es el conocimiento de la impresion que sobre el organismo determinan ó determinaron en otro tiempo los agentes exteriores, con nocion de actualidad y de exterioridad*. Desde este punto, admitan sensaciones normales, reales y actuales, y sensaciones patológicas, ó *alucinatorias:* así no se quedarán cortos ni resultarán largos de tiros al definirme.

Pero ¡en qué honduras, Dios mio, me voy metiendo! ¡Enmendarle la plana al mismo Loke, que es quien mejor me ha conocido y definido! ¿Qué diria de ese mónstruo de Condillac, que sostiene que yo, la sensacion, no soy más que *la conmocion que el cuerpo experimenta cuando los órganos son impresionados por un agente cualquiera*?—Ay, amigo Condillac ¡cómo te has deslizado! ¿No ves que has tomado á la impresion, que es uno de mis elementos, por la totalidad de mi sér, que es complexo y analizable?

V.

La sensacion conduce al Lector hasta lo mas íntimo de la urbe cerebral.

¡Cómo hiela! Los montes se han puesto peluquin de córte de Luis XIV; el cierzo sopla con desusada intensidad, y si permanecemos largo rato en este sitio, vamos, ó mejor, vas tú á acatarrarte—que en en cuanto á mí, no tengo temperamento, ni constitucion, ni idiosincrasia morbosa—. Vente, pues, á mi cobijo y seguiré contándote mi curiosa historia.

—Por ahí, hombre, por ahí; no te metas por este agujero, que es la entrada del *conducto carotídeo*, demasiado tortuoso y camino de una arteria, que, á fuerza de golpear te lastimaría los timpanos. Si no porque de su honradez tengo pruebas, pues á ella debo el riego de mi cámara, diria que aquí se fabrica moneda falsa.—No te metas tampoco por esa grande *abertura rasgada*; pues, además de que te escandalizaria la poliándria en que vive *D.ª Yugular*, más ampulosa que una crinolina, con los señores *Glosofaríngeo, Pneumagástrico y Espinal*, los cuales hacen yo no sé qué transacciones y enlaces de filetes alrededor de la gruesa matrona, como si á la muy taimada quisieran *cogerla en la red*, te ahogarias en un mar de sangre que de todos los rios y ca-

nales afluye al *Golfo* de la yugular interna.—¡Eh! no hagas caso de los agujeros que tiene ese murciélago en sus alas de marfil; ese grande y redondo está todo ocupado por un nervio,—el *maxilar superior*,—que no tiene poco trabajo con llevarnos á mí y á mis compañeras desde la cara á la estacion central. Oficios análogos hacen respecto de los nervios *ópticos* esas dos grandes aberturas que están en el fondo de aquellos enormes embudos llamados *órbitas*. No te metas tampoco por esas largas grietas ó hendiduras que están á nuestras espaldas; de ellas se desplomó el moro Venani, cuyo cadáver debe aún conservarse en el interior de esta peña, á la que, sin duda por esto, la llaman *seno* de *Igmoro*. Esta pequeña rendija circular que ves en el borde de las alas del murciélago, es paso angosto para la muy noble *meningea media*, encargada de proveer los arrabales de nuestra urbe. Atiende: pon un pié sobre este bloque horizontal que está á la cola del murciélago; es el cuerpo de una antigua vértebra, la vértebra occipital, al cual, porque está en la *base* del gran tabernáculo del sensorio, llámanla *apófisis basilar*.

Vamos, ya estás á la puerta. ¿Te estorban el paso esos músculos *rectos* y *oblícuos* de la cabeza? ¿Temes estrellarte contra esa aguja de Cleopatra con que el *axis* entretiene sus relaciones con el *atlas*, orgulloso de llevar el mundo á cuestas, siendo así que todo pesa sobre las espaldas del sufrido *axis*? ¿No puedes con esos ligamentos *axoido-atloideos*, ni mucho mé-

nos con los *adontoideos* y *cruciforme*? Pues bien, sigue mi consejo: estírate como una *amiba:* alárgate y hazte filiforme—ya sabes que esto es indispensable para amoldarse á ciertas cosas y á ciertas instituciones—y salvando escollos blandos y duros, penetra por esa ancha puerta oval, por donde sube el *bulbo raquideo*, con sus holgadas vestiduras, y tomando por compañera cualquiera de las *vertebrales*, llega con ella á la gran *cisura de Sylvio*.

¿Te quejas de que el viaje te ha costado un remojon? Peor le habrá ido á la *médula*, que por tu causa habrá tenido que echar un buen remiendo á sus telas, pues, amigo, al pasar por el *agujero occipital*, le has roto nada ménos que la *dura-madre* y la *aragnoides;* y fortuna de que, como no la inspiraste temor, tenia la camisa bien pegada al cuerpo, que si no, le estropeas hasta la *piamadre*. Vamos que el baño no te ha venido mal, pues tenias frio y el líquido en que te has sumergido marca 37° centígrados.

Ah ton..... digo, prudente, ¿reparas aún en *telillas*? ¿Recelas penetrar en esa grande cisura, sin permiso de su dueño el Dr. Sylvio? Mira: aprovecha la ocasion de que este señor se esté querellando con su discípulo Vesalio ó Vesanio (loco), como él le llama, por yo no sé qué disparates anatómicos que escribió Galeno. Rompe otra vez esta tela de araña, —*aragnoides*,—y vente al *ventrículo* donde yo resido. Ahora que estás ya aquí, no te hagas el babieca, contemplando esas arcadas de la *bóveda*; observa

sólo que son *cuatro* y no *tres*, los *pilares*, como algunos han dicho. No porque veas flores y cortinajes encarnados, vayas á creer que hoy es dia de fiesta nacional. Esos adornos, cuyo nombre indumentario es *plexos coroides* y *tela coroidea*, se pusieron aquí por no saber qué hacer de unos grandes trozos de *piamadre* que sobraron despues de haber tapizado todas las estancias.

—Por ahí, por ahí, ¿no ves un agujero oval? No pidas permiso al portero, puesto que el dueño y señor de este paso, el Dr. Monró, ha concedido libre tránsito á todo el mundo, incluso los curiosos.

Vamos, ya has llegado: bien venido seas. Estarás fatigado; toma asiento en esta blanda otomana de los movimientos, frente á frente de mi celdilla. Mira, no te arrellanes demasiado, pues por debajo de este tapiz de terciopelo ceniciento pasan líneas telegráficas muy delicadas. Debes saber que ese tu cojin es nada ménos que el *cuerpo estriado*, al paso que yo, tu vecina, resido en el *tálamo óptico*. Vamos, echa una buena siesta y luego departiremos largo rato.

VI.

La sensacion da cuenta á su interlocutor de lo que ha sucedido mientras dormia.

Sino porque nosotras no podemos jurar por la fe —porque lo que se *siente* ya no es artículo de esta

virtud sobrenatural—juraria *á fe de sensacion*, que no hay en el universo mundo otro liron como tú, lector amado. ¡Qué sueño tan tranquilo y sosegado el tuyo! De veras que te envidio la propiedad de sustraerte tan por completo al influjo del mundo; porque, si bien es verdad que nosotras dormimos, y á veces durante largo tiempo, acurrucadas en nuestras celdillas, es tambien cierto que siempre hemos de dejarnos un ojo abierto, por si acaso á alguna de nuestras antiguas vecinas ó á una recien-venida le da el capricho de llamarnos. ¡Allá verás danzas y contradanzas y cadenas de rigodon! *Acústica*, por ejemplo, llama á otra de su propia familia; ésta á otra; ésta á una *Óptica;* síguela otra de su misma tribu; acompáñanla una ó más *Tactiles;* quizás comparezcan *Olfativas*, con sus hermanas las *Gustuales;* si pica el amor, se añaden las *Eróticas*, y si hay de por medio empeños de pulmones, corazon, estómago, intestinos ó vejiga, se agregan las *Esplánicas*, siempre imperativas y mal educadas. Así, en un santiamen, se forma una sarta de sensaciones de *tutti-colori*, antiguas, modernas y contemporáneas, que constituyen un *recuerdo*, ó bien una produccion de la fantasía, por poco que la imaginacion las adorne con alguna de sus galas.

¡Caramba! sólo por lo que nos dejan sin descanso esos malvados artistas—aparte de que ya te tengo dicho que esta gente no me agrada por su poca formalidad—les profeso particular aversion.

Pero, vamos, ya te vas despabilando; ¿te encuentras en disposicion de escucharme?

Me alegro que estés descansado; pero siento que no hayas podido enterarte de la gresca que durante tu letárgica siesta aquí se ha armado. ¡Cómo que, para este cerebro, era la hora del trasiego!

Primeramente ha entrado una verdadera falange de sensaciones ópticas. Se conoce que el cuerpo habia salido al campo, para visitar sus propiedades y enterarse de la marcha de la cosecha, y todo induce á creer que son las dos de la tarde de un dia del mes de Mayo.

Las *ópticas*, que se distinguen de todas las otras por su aureola luminosa, iban todas de verde, con estrías longitudinales, rematadas por penachos de granos amarillentos, que indudablemente eran espigas. Al entrar, un coro de *intelectuales*, adscrito al Colegio óptico, ha prorumpido el siguiente canto:

«¡Qué buena cosecha nos espera! ¡Ojalá la niebla no seque los granos, ni el viento sacuda las espigas en el campo, ni el añublo ni el carbon se mezclen al buen trigo; pagaré las contribuciones, satisfaré mis deudas y aún me quedará dinero para mejorar el cultivo »

Estos cánticos han sido interrumpidos por la entrada de otra sensacion *óptica:* una bandada de perdices ha pasado rápidamente por el horizonte cerebral; un punto brillante, en que remataba un cilindro negro, se ha puesto en relacion inmediata

con uno de los volátiles, y con gran precipitacion ha entrado una grande sensacion *acústica,* que á todas nos ha asustado.

El coro intelectual ha exclamado:

«Buena caza: para la cena, perdiz con coles.»

Este grito ha despertado á una *olfativa* y á una *gustativa* que, como buenas hermanas, dormian tabique por medio hacia más de dos años, pues hicieron su entrada en cierto restaurant de París, en ocasion de haberle servido á nuestro hombre unas perdices sobrado *manidas* para paladar y narices españolas.

Entre tanto se iban colando de rondon diferentes sensaciones *tactiles*: unas, procedentes de las piernas, que hacian exclamar: *¡arañazo! ¡pinchazo! ¡coscorron! ¡tropezon! ¡fatiga!*; y otras, principalmente nacidas en el cogote y en el rostro, cuyo eco repetia, *¡calor! ¡ardor! ¡sudor!*

Por último, para que no faltase ningun representante de todas las provincias y departamentos del gran *Reino de la Sensibilidad*, te diré, que durante tu sueño han venido muchas sensaciones *explánicas:* una de la garganta, daba gritos tan desaforados de «¡agua fresca, agua fresca!» que el cuerpo, creyendo sin duda que se trataba de un incendio, ha acudido á una fuente, y por el añejo procedimiento de Diógenes, ha absorbido no sé cuanto líquido cristalino; de lo que ha resultado que, al poco rato, compareciese un correo del estómago pidiendo sólidos con

tanta urgencia, que ha sido preciso echar mano al zurron, y pagar, á título de anticipo, una pequeña pension de pan y queso. Hasta las biliosas *intestinales* y las amoniacales *urinarias* han exigido una exoneracion copiosa.

Pero, ¿qué veo? estimado compañero mio, ¿qué veo? El cuerpo se coloca horizontalmente; paréceme haber oido por ahí fuera el crujido de los goznes de la boca:—¿Hay bostezos? ¿Pues qué ha llegado el sueño?—Mira cuál se apagan las luces de mi *tálamo*; el silencio cunde rápidamente por todos los ámbitos de este cerebro.—Buenas noches; es hora de queda Tú has dormido ya, á cada uno le llega su siesta.

Pero pones mal gesto; ¿te sabe mal tenerte que estar quieto, sin gana de dormir?—Mira, anda de puntillas, para no meter ruido, y á la luz que yo arrojo,—pues ya habrás conocido que yo soy de las *ópticas*,—mientras la ciudad duerme, recorreremos algunas de sus moradas.

VII.

La sensacion aprovecha el sueño de Cerebrópolis, para explicar al Lector muchas curiosidades de la urbe y sus arrabales.

Quiero que ante todo veas mi casita, que equivale á decir mi *celda*. Así que la hayas conocido, tendrás

idea de todas las demás. Aquí, en toda la urbe cerebral, así como en la de ese larguísimo arrabal que llaman *bulbo raquídeo* y *médula espinal*, y aún en tantas y tantas factorías como se encuentran por fuera del cráneo, en el cuello, en el pecho y en el abdómen, constituyendo el archipiélago del *gran simpático*, no se ha permitido más que tres variantes en la construccion.

Esto parece un huevo; mi cáscara es transparente como las paredes del palacio de cristal del rey de Siam, que recordarás haber visto allá en la Exposicion de París. No hay en esta mi estancia ni ángulos, ni recodos, ni puertas, ni ventanas; no tengo más mobiliario que ese pequeño poyo pegado á la pared, verdadero bloque de cristal, pues es tambien transparente, al cual los histólogos llaman el *núcleo*. ¿Reparas, en este mi asiento, unas gotitas que no son sino imperfecciones del mismo cristal? Pues los anatómicos las han llamado *nucléolas*, y han dicho que su presencia supone que el *núcleo* es viejo y que se va á desquiciar; no faltan, empero, curiosos que afirman que todo núcleo duradero debe tener *nucléolas*. ¿Qué te parece de esa neblina que reina en mi morada? Desde ahí debes creer que esto es polvo que se ha levantado á causa de que la *fámula* ha barrido sin cuidarse antes de echar un poco de agua;... nada de eso; nosotras somos acuáticas: ese mi recinto no tiene aire, sino que está lleno de un líquido transparente, en el que flotan millares de granulaciones

transparentes, unas, otras negruzcas y aún algunas rojizas. Gracias á esto, son visibles nuestras celdas; de lo contrario, su propia transparencia no permitiria distinguir sus contornos.

Ya lo ves... yo no puedo salir de aquí; si se rompiera esta celda, acabaria inmediatamente mi existencia. ¿Sabes cómo vivimos aquí? ¿Sabes cómo nos nutrimos? Atiende un poco. ¿Oyes un contínuo *tic tac* lejano, muy lejano?—Pues este es el *corazon*, á quien muchas parientas mias, que residen en el barrio del *Bulbo*—si has estado en Madrid, imagínate uno de los Carabancheles, y si en Barcelona, Hostafranchs—le mandan contínuas insinuaciones amorosas, á las cuales—como él es muy sensible y ellas, seguramente muy amables—responde con un incesante *latir*. Estos latidos son precisamente el ruido que desde aquí se oye. En cada latido manda el corazon á *Cerebrópolis* nada ménos que cuatro oleadas de sangre, que, subiendo por las dos *vertebrales* y las dos *carótidas*, distribuyen el riego por cañerías de segundo, tercero y hasta cuarto órden, por todos los ámbitos de la ciudad, así en la parte superficial como en las profundidades. Si no recibiésemos regular y ordenadamente cada una de nosotras la debida racion de sangre, nuestra celda se echaria á perder, convirtiéndose en una gota de aceite, que seria desde luego arrastrada por la misma corriente á la cloaca de la circulacion. Porque has de saber que, así como el corazon, al palpitar y contraerse,

es causa de que llegue aquí sangre roja, caliente y vivificante, el mismo, por el hecho de dilatarse inmediatamente despues de haberse contraido, obra absorbiendo la sangre impura y sobrante de las contínuas refacciones que en las celdas se efectúan; sangre impura, dije, que se llama *venosa*, la cual, despues de transitar por yo no sé cuántos y cuán dilatados canales, labrados entre la caja ósea que nos contiene y una tela muy rígida, á la cual llaman *dura-madre*, pasa al *Golfo* de la yugular interna, por donde, siguiendo el trayecto de esta vena, aboca á la *cava superior*, formando el *tronco innominado*, y es descargada en el depósito más alto de la parte derecha del corazon—*aurícula derecha*—de donde pasa al depósito inferior del mismo lado—*ventrículo derecho*—para ser, al fin, arrojada por la *arteria pulmonar*, á los pulmones, sitio en donde, al contacto del aire, se vivifica para volver de nuevo al corazon. Esta es la circulacion de la sangre, que es el cuento de nunca acabar.

Pero, ¿piensas á caso que nosotras nos nutrimos de sangre? No, lector, no, no somos *hemívoras;* la sangre que aquí nos viene sirve para sostener en buen estado nuestra casita; más nosotras, como nerviosas que somos, *vivimos de impresiones*.

Mas no tendrías el menor concepto de las condiciones de nuestra existencia, si no te explicara nuestras vías de comunicacion exterior y recíproco enlace.

En las más sencillas de estas celdas, echarás de

ver cuando ménos una prolongacion tubular: es un corredor angosto, único por donde se puede penetrar en la habitacion desde el intrincado y laberíntico camino de los nervios.—Oportunamente te daré el hilo de Ariadna para recorrerlo. Los sabios helenófilos y latinófilos que han visitado estas regiones, han dado á estas celdillas el nombre de células *mono-clonas ó uni-polares*.

Tales celdas, con todo y ser tan pequeñas, no son para nosotras en tanto vivimos en el modesto estado de sensacion; son para nuestras hijas, las *ideas*, que aquí gozan reputacion más aristocrática. Como estamos en el núcleo urbano de *Cerebrópolis*, no verás por ahí muchas de estas reducidas moradas, pues casi todas ellas radican en el inmenso distrito de las *circunvoluciones*. Si alguna aparece en esta vecindad, portenece á alguna *idea* que aún no ha sido destetada de su madre la *sensacion*.

Dos vías de comunicacion podrás notar en mi celdilla—que á primera vista observarás que es mayor que la de las ideas.—Por uno de estos corredores tubulares vine yo del exterior, por el tubo nervioso correspondiente; por la otra me relaciono con mi vecina, que es tambien una sensacion óptica. Celdas como la mia las verás en todos los distintos barrios y calles de la ciudad cerebral, y hasta abundan mucho en los arrabales y sub-urbios. Nosotras, como los panaderos, los médicos y los sacristanes, somos indispensables en todas partes.

Pero ¿qué es eso? ¿No te he encargado encarecidamente qne no te arrellanases demasiado en esa butaca? Si ahora has dado tan fuerte brinco en tu asiento, es porque habrás echado al olvido mi advertencia. Mira, ¿ves esta celda, que, comparada con las de nuestras hijas y aún con la mia, puede llamarse palacio? Esta ha sido la causa del susto que acabas de recibir: es una celda *motora*, en donde, al influjo de las voliciones, se forman corrientes eléctricas, á veces muy fuertes. Tambien tienen un núcleo; no son esféricas como las nuestras, sino triangulares, y sobre todo son de notar en ellas cuando ménos tres prolongaciones tubulares y aún en muchas observarás cinco ó seis; de modo, que el conjunto, más bien que una casa, parece plaza ó encrucijada. Todas estas comunicaciones van á las vías que desde los centros nerviosos conducen á los músculos de todo el cuerpo.

—Amigo mio, me van á llamar: noto que el cuerpo se despereza y junto á mí se remueve una *acústica* muy sonora, que viene sin duda de la campana de la villa que toca á despertar. Esto prueba que son las dos de la tarde y que ha concluido la siesta. Aguarda un poco mientras aviso á mis intelectuales para que despachen cuanto se ocurra en nuestro departamento ínterin yo me proporciono el placer de referirte mi historia.

VIII.

La sensacion explica su propia genealogia y la de sus colegas.

Comienzo como un teólogo y axiomáticamente exclamo: *ex nihilo nihil fit*.—Y perdona, que de cuando en cuando te hable en latin, pues ardo en deseos de que me entiendas.—

Es, pues, evidente que *nosotras somos*, y por consiguiente que de algo hemos sido hechas. ¿Qué somos?

Para comprender la verdadera esencia de un rey —sobre todo hoy dia en que el derecho divino se lo han digerido las revoluciones—¿no es indispensable tener conocimiento prévio de la esencia y naturaleza del hombre? Pues aplica el cuento: lo más elemental de la sensibilidad es el *tacto* y así las sensaciones tactiles son á la vez las más sencillas y elementales.

¿Qué somos nosotras, las *ópticas*, las *acústicas*, las *olfativas*, las *gustativas*, y aún las *esplánicas*, sino modalidades de ese sentido universal llamado *tacto*?

Que te den un puñetazo en el ojo,—no te deseo encuentro tan distante del cariño—y verás las estrellas; que te administren un lapo en una de las orejas —tampoco te deseo esta nocion experimental,—y oirás silbidos y campanillazos.

Por esto un filósofo, que debia saber lo que son estas cosas y que tendria no poca sal en la mollera, exclamó: *aut sensus est unicus, aut nullus est sensus*. —Temeria ofender tu ilustracion, si tradujese estas palabras.—

Sentir, es, pues, resultado de *tocar*. *Tocar*, con la piel, lo frio ó lo caliente, lo húmedo ó lo seco, lo áspero ó lo fino, lo duro ó lo blando, es formar *sensaciones tactiles* propiamente dichas; sentir el *contacto* de los rayos luminosos en las retinas, equivale á crear *sensaciones ópticas*; las *acústicas* no son más que efectos del *contacto* del nervio *auditivo* con las vibraciones sonoras; las *olfativas* resultan del *contacto* de ciertas moléculas volátiles con los pincelitos en que los nervios *olfatorios* rematan en la pituitaria; de *contactos* análogos y siempre de especial cualidad por lo que se refiere al agente impresionador, nacen las *gustativas* y las *viscerales*.

Ya habrás reconocido que soy algo escudriñadora y aún amiga de saber vidas ajenas. Aquí, desde mi celda, sé todo cuanto ocurre en derredor, y no tan sólo conozco al dedillo la historia de mis inmediatas vecinas las *ópticas*, que conmigo residen en el núcleo ó manzana núm. 2 del tálamo de nuestro nombre, si que tambien estoy enterada de la vida, costumbres y profesion ó industria de las *olfativas* y *acústicas*, que habitan en otros núcleos contiguos; por fin, con un poco de maña, he podido sorprender la verdadera historia de las *tactiles*, que residen en

el piso bajo del tálamo, codeándose con las *viscerales*.

Hé aquí lo que una *tactil*, muy benévola, me refirió cierto dia en que tuvimos que trabajar juntas ante un cuadro de perspectiva, en tanto nuestras respectivas intelectuales se entretenian en largos y animados comentarios de Estética.

IX.

Historia de una tactil.

«De allá, de la mano, donde libremente se mueven cinco flexibles apéndices, blandos y elásticos por su cara palmar, secos y descarnados por la dorsal y protegidos cerca de la extremidad por una coraza semi-transparente y de naturaleza semejante al cuerno, llamada *uña*, procedo yo, ó por mejor decir, el movimiento vibratorio que me engendró.

«Lo que podria llamarse mi cuna, fué un *corpúsculo* de esos á los cuales Meisner ha impuesto su apellido. ¡Qué cosa tan sencilla y á la vez tan ingeniosa era mi cuna! Un tubo, no hueco, sino repleto de sustancia gris, muy fina—especie de sémola de luto—continuacion de la del *cilindro del eje*, de un filete nervioso, despojado de esa gruesa capa de barniz aislador llamado *sustancia medular*, ocupaba el centro, y una série de capas de tejido fibroso y elás-

tico—imagínate un trozo de tela como la de las camisetas de punto—completaban el resto del *corpúsculo* que, en conjunto, tenia la figura de una pequeña piña atravesada por un tubo, que no llegaba hasta vértice.

«El *corpúsculo* estaba contenido en un bultito saliente, formado de tejido célulo-fibroso—como si dijéramos *madapolan* de carne—llamado *papila nerviosa*—de figura análoga á otros próximos, llamados *papilas vasculares*, formadas de uno ó dos vasitos sanguíneos arrollados en espiral y unidos en asa.

«De lo que he podido averiguar despues, resulta que *corpúsculos* de Mesiner los hay numerosísimos en las palmas de las manos y en las yemas de los dedos; pero que además pululan extraordinariamente en otros varios sitios, tales como la superficie de los labios, la de la lengua y ciertas otras partes del hombre y de la mujer, que seria *vergonzoso* nombrar.

«Un cuerpo duro y frio, que despues he sabido era un fragmento de mármol, fué mi progenitor. No hizo más el mármol que aplicarse al vértice del *corpúsculo*—cubierto como estaba éste de un ligero vestido de epidermis—y al punto, conmovida la *sustancia gris* del tubo ó *cilindro del eje*, propagóse esta vibracion por todo el filete nervioso, hasta esta celda de la manzana núm. 3 del tálamo óptico, corriendo con una velocidad tal, que aún cuando muchísimo menor, es en cierto modo comparable á

la del flúido eléctrico, pues en un segundo hubiera podido andar 32 metros.

«En verdad, no tengo memoria empírica del trayecto que recorrió mi impresion generadora; sólo, por informes ulteriores, me ha sido dado colegir que debió seguir la vía del nervio *mediano*, pues tengo entendido que partió de uno de los tres primeros dedos. Si hubiese salido de uno de los últimos, debia haber venido por el *cubital*, que, por más señas, es el nervio ese que si alguna vez te has dado algun golpe en el codo, te habrá dado, sin derechos de matrícula, una leccion de anatomía clásica, enseñándote, por un poco agradable cosquilleo, los dedos por donde se distribuyen sus filetes terminales.

«De ahí, entiendo yo, que la impresion habria subido á la estacion de la *axila*, ó *sobaco*, pues allí afluyen todas las vías nerviosas del miembro superior, para pasar, sin riesgo de equivocar el rail—sin duda porque no hay allí guarda-agujas que padezcan *daltonismo* expontáneo ó alcohólico—(1), por el *plexo braquial*, hácia el respectivo cordon posterior de la médula, el cual cordon, entrecruzándose al nivel del bulbo raquídeo con el del lado opuesto, marcha á través del puente—¿no se diria mejor *hamaca?*—de Varolio, á lo largo del pedúnculo cerebral, hasta ve-

(1) Trastorno de la vision, en que se han especialmente ocupado los oftalmólogos contemporáneos, que hace que el individuo equivoque los colores.

nir á parar á esta celda, en donde fuí concebida y nací tal cual soy.

«De manera, que por efecto del entrecruzamiento de los cordones posteriores, no precisamente en las *pirámides* del bulbo, como sucede con los cordones anteriores, sino en un sitio mucho más elevado del encéfalo, yo nací y residó aún en el hemisferio cerebral del lado opuesto al del miembro en que se originó mi impresion generadora.

«Y, aprended tambien de mí, señoras *ópticas*, vosotras no escapais á la ley del entrecruzamiento ni á sus extraños efectos.

«Ahora estoy fatigada, y además, aquí termina la leccion que tenia aprendida.

Aquí hubiera, en efecto, concluido el interesante relato de mi buena compañera y colaboradora, si yo, firme en mi empeño en sonsacarla y averiguar algo más del mecanismo de su industria fisiológica, no la hubiese interpelado, diciendo:

—Agradezco, mi excelente amiga, los detalles y pormenores que relativamente á tu orígen y procedencia me has proporcionado. Así me explico mi nacimiento y las causas que me dieron el sér. Así comprendo cómo fuí engendrada por el contacto de la luz en uno de los *palitos* de la *tela retiniana* de Jacob — que, por lo visto, equivale al *dérmis*, así como los palitos son los equivalentes de los *corpúsculos* de Meisner.—Así me doy cuenta de mi tránsito por el nervio óptico; del probable entrecruzamiento

ó traspaso de lado, que debí efectuar en esa complicada encrucijada que llaman *Kiasma*, y de mi concepcion y nacimiento simultáneos en esta celdita del núm. 2 del *tálamo* del lado opuesto al del ojo en donde tuvo lugar la impresion luminosa que me engendró.

IX.

La sensacion tactil sigue espontaneándose con la óptica.

Porque tan de cerca me atañen, compañera mia, te doy las gracias por estas noticias; más ya que has picado mi curiosidad y has vivamente estimulado mi aficion á oirte—pues eres discreta y te explicas como un libro,—¿podrias decirme en qué consiste la variedad que se observa entre vosotras las tactiles? ¿Por qué unas sois blandas como un edredon y más dulces que almíbar, al paso que otras sois más duras que un peñasco y más ásperas que corteza de encina? ¿Por qué tal de vosotras es más cálida que amor de criollo, mientras que otras sois más frias que un mantecado? ¿Por qué, en fin—fuerza es decirlo—las hay entre vosotras tan quejicosas y chillonas, que con sus lamentos alborotan á menudo y á deshora toda la ciudad, y aún empañan los cristales de mis ojos con abundante y lacrimal rocío?

—Agradezco el concepto que de mí tienes formado; pero, si va á decir verdad, te engañas si crees que nosotras somos tan sabias é inteligentes como vosotras y las *acústicas*. ¡Cuántas cosas sabemos nosotras, las *tactiles*, que á no ser vosotras, nos serian de todo punto desconocidas! No somos, á Dios gracias, tan groseras ni tan estúpidas como las *olfativas*, las *gustativas* y las *esplánicas;* pero, sin ánimo de lisonja, fuerza es decir, que la que entre nosotras mayor instruccion alcanza, merece apenas el título de Bachillera, en tanto que vosotras podriais Doctoras y Catedráticas. Pero, al fin, invocando la modestia, para lograr indulto— recurso indispensable, que ni los mismos sabios desdeñan—me esforzaré en responder á tus ilustradas preguntas:

—Nuestra diversidad es sólo aparente: en realidad, si, como es justo, se nos define por las nociones que proporcionamos, no constituimos sino dos clases: las que damos conocimiento del estado sólido, líquido ó gaseoso de los cuerpos, y las que engendramos las ideas del movimiento de los flúidos imponderables, especialmente el calórico.

¿Es un sólido el autor de la impresion generadora? Entonces la sustancia del *corpúsculo* y del *cilindro del eje* son conmovidos con más energía que si el agente impresionador es un líquido ó un gas, el cual, *para causar sensacion*, necesita precisamente estar en movimiento. Tal cual es, esta conmocion llega á nuestro núcleo, y en la celda correspondiente

surge una sensacion de rasgos muy acentuados ó de más fina catadura.

Si es el fluido imponderable *calórico* el que actúa sobre el *corpúsculo* tactil, la vibracion molecular es transmitida por el nervio con cierta suavidad, que produce placer ó bien una incomodidad más ó ménos graduada; más si el calor es muy subido ó el frio muy intenso, el *corpúsculo* del tacto pierde su aptitud para impresionarse, y el movimiento vibratorio es propagado por otros tubos nerviosos que se denominan *doloríferos*, los cuales ni suben por los mismos cordones medulares que los nervios del tacto, ni terminan en las celdas de nuestro núcleo del *tálamo óptico*, sino que llevan la impresion, verdaderamente de la vida nutritiva, á las celdillas del suelo del *ventrículo medio*, dando orígen á esas sensaciones chillonas de que hace poco me hablabas.

Resulta de ahí, que la encantadora variedad que nosotras las *tactiles* ofrecemos, se resuelve en modalidades de la densidad y movimientos vibratorios de los cuerpos ponderables y el movimiento del imponderable calórico, y que las sensaciones dolorosas, léjos de pertenecer á nuestra familia, son, por el contrario, nuestras antagonistas, toda vez que cuando ellas se originan, suelen quedar destruidos nuestros aparatos impresionadores. Por esto, en todo el territorio de la piel se tiene tanto horror á las quemaduras, congelaciones, golpes y heridas. ¿No es verdad que allá en los ojos—no confiando del todo

en la tutela palpebral—esos agentes destructores inspiran no pocos recelos?

—Bien se me alcanza ahora vuestro mecanismo y la razon de vuestras variedades y categorías; pero esto aún no me explica ese sentido especial llamado *tacto*, por lo cual, allá en las circunvoluciones, se aprecian los contornos, las desigualdades, la forma y la dureza de los cuerpos. Aquí debe haber algo más que una impresion tactil.

—Con efecto: *tocar* es algo más que todo esto. Tu perspicacia no se equivoca. Para tocar, se requiere el concurso de la voluntad, que auxiliada por la inteligencia y las contracciones musculares, multiplica las impresiones tactiles simples, para sacar del objeto impresionador una nocion la más completa posible. *Tocar*, es, pues, el tacto con atencion, que es lo mismo que decir con voluntad. Hay entre el *tacto* y *tocar* la misma diferencia que entre *ver* y el *mirar*, *oir* y el *escuchar*, *oler* y el *olfatear*, *gustar* y *paladear*.

—Una última pregunta y quedará agotada mi curiosidad, quizás importuna: ¿cómo os manejais, ahí en vuestro pequeño núcleo, para producir ese raro fenómeno, que conmueve á todo el cuerpo y al cual sabios y plebeyos de la ciencia llaman *cosquillas*?

—No pienses que el cosquilleo resulte de una exageracion de las sensaciones tactiles; la prueba está en que las plantas de los piés, los sobacos, los lados del pecho y las alas de la nariz, que no gozan de ce-

lebridad por su fuerza tactil, son precisamente los puntos más adecuados para determinar *cosquillas* Este fenómeno resulta simplemente del hecho de la rápida sucesion de impresiones nacidas simultáneamente en diferentes puntos, de lo que resulta que, no pudiendo intervenir la atencion para fijarlas—pues son demasiado numerosas, rápidas y fugaces —no dan resultado útil en el sensorio, y sin intervencion de la voluntad, se resuelven en movimientos convulsivos, más bien penosos que agradables, por más que de ordinario se acompañen de risa y aún de sonoras carcajadas. Cuéntase que un marido se procuró por este medio, tan criminalmente casero, una viudez prematura que tuvo que llorar en un presidio.

—Así terminó mi discreta amiga y compañera, y yo me dí por satisfecha de sus elucubraciones. Lo propio debes hacer tú, Lectorcito del alma, pues otras noticias no tengo de la biografía de las tactiles.

Pero, mira qué fortuna, al punto en que acaba el cuento de la amable *tactil*, me veo precisado á abandonarte por un rato, pues mis ideas me llaman para trabajar en un *recuerdo*, y en esta labor necesito emplear toda mi *atencion*.

Paséate, entre tanto, por el ventrículo, y fíjate en todos los pormenores. Mira el techo, especie de cieloraso, de cañas ó pajas transversales, que penetran hasta el seno de los hemisferios, sirviéndoles de vínculos ó vías de recíproca comunicacion, y al cual

los anatómicos, que todo lo exajeran cuando de comparar se trata, han llamado *cuerpo calloso; pellejo de carnero* le hubiera llamado yo, puesto que á este objeto se parece, si se supone que se le ha quitado la cola, siendo la parte en donde este apéndice debiera hallarse, lo que los autores llaman *rodete*, y la opuesta, ó correspondiente á la cabeza, lo que estos señores conocen con el nombre de *pico*. No te olvides de visitar la *cavidad digital*, especie de funda, ó dedo de guante, en cuya extremidad verás un bultito blanco, que no es otra cosa que una circunvolucion invertida, y á la cual los anatómicos llaman *Espolon de Morand*.

¡Ah!. .. si tienes hambre ó sed ó ambas cosas á la vez, procura arrimar los labios á la *fuentecita* de Sylvio, que verás debajo de una pequeña piña, repleta de arenillas y atada por *lazos* y *bridas*, á la cual los anatómicos—ellos sabrán la razon—llaman *glándula pineal*.—¿Por qué se le ocurrió á Descartes colocar en éste punto el alma humana? ¿Presumiria el gran filósofo que es de cántaro el alma de la humanidad? —Este líquido, aunque un sí es no es salado, es á la vez aguanoso y nutritivo, y puede hacerte los efectos pociológicos y bromatológicos de un caldo de pollo. No porque le veas rezumar gota á gota del acueducto de Sylvio, creas que sea escaso; sorbiendo con fuerza, puedes atraerte hasta unos sesenta gramos—cantidad que está en depósito en el conducto raquideo y en el ventrículo del cerebelo—y si tienes

buena maña, puedes hasta allegarte el de la superficie del cerebro, es decir, de unos lagos llamados *espacios sub-aragnóideos*, pues todos estos depósitos están en recíproca comunicacion. Con que, pues, si la necesidad aprieta, acepta el régimen pitagórico que te ofrezco, y vuelve luego que yo haya dado cima á la tarea que me aguarda. Así estará tu cerebro á punto de caramelo para nuevas y curiosas investigaciones.

X.

Se comienza á murmurar de la Administracion pública.

Vuelves muy cariacontecido, azorado y jadeante... No ignoro el motivo: confieso que anduve distraida no advirtiéndote lo que podia pasarte en esa excursion por el ventrículo medio, en donde forzosamente te habias de encontrar con esa turbamulta de sensaciones esplánicas y nutritivas, que no conocen la urbanidad ni por los forros. Mas de una vez he oido lamentarse á las honestas tactiles de los malos modos de sus vecinas. Eso es la plebe de las sensaciones; plebe sin instruccion ni respeto, que no sabe más que invocar los derechos individuales y anda siempre tumultuosa y levantisca, enarbolando el estandarte de la *Necesidad;* como si nosotras, las que

residimos en los tálamos, no fuésemos tan hijas de la *Necesidad* como las que se originan en las vísceras.

Habrá comparecido por allá alguna *gástrica*, gritando pan, carne, huevos ó pescado; habrá venido alguna *faríngea* pidiendo, no agua, que esto es demasiado fino para tales gentes, sino vino, aguardiente ó coñac; se habrá presentado alguna *intestinal* exigiendo instantánea descarga, ó alguna *urinaria*, clamando *miccion* á voz en grito. ¿Y las *eróticas*? ¿no has visto ninguna erótica, ardiente como llama avivada por soplete, queriendo pegar fuego á la casa, al grito de *amor* y pidiendo besos, abrazos y y otros y aún mayores excesos?

Cada uno habrá invocado las prerogativas de su aparato impresionado. Las *gástricas*, por ejemplo, dirian: «ó nos dan vituallas, ó con petróleo del estómago—valiente petróleo el suyo, que no es más que agua con ácido láctico y un poco de cloruro—corroemos las membranas y os dejamos sin oficina de entradas.» Las *faríngeas*, más ávidas de humedad que el mismo potasio, habrán levantado pleito por su antigua cuestion de aguas y habrán repetido sus añejas amenazas de cegar todos los manantiales del cuerpo, inclusos los que surten á *Cerebrópolis*. Ya me parece oir á las libertinas *eróticas*, invocando el sacramento matrimonial para la conservacion de la especie, del cual sacramento no se acuerdan sino cuando no se les da lo que con malos modos exigen.